

MONTEJURRA, LA CONSTRUCCIÓN DE UN SÍMBOLO*

MONTEJURRA, THE CONSTRUCTION OF A SYMBOL

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Entregado el 9-2-2012 y aceptado el 25-3-2013

Resumen: En este artículo se recoge el proceso de construcción simbólica de una montaña, Montejoyra, y la diversidad de los usos que se le dieron a partir de la primera guerra carlista y hasta nuestros días. Aunque básicamente asociado a la memoria triunfal del carlismo y a su vínculo con la montaña en sentido genérico, también se usó desde el liberalismo, bien como elemento negativo, bien mediante su incorporación al historial heroico del ejército; y desde el nacionalismo vasco radical. La fluidez del significado simbólico, por tanto, aparece como uno de los elementos más destacados de este proceso de creación histórica.

Palabras clave: Montejoyra, símbolo, carlismo, liberalismo.

Abstract: This article reflects the process of symbolic construction of a mountain, Montejoyra, and the diversity of uses that were given from the first Carlist war to this day. Although primarily associated with triumphant Carlism memory and his connection to the mountain in a generic sense, it was also used by liberalism, either as negative element, as well as by exalting the heroic history of the army; and by the radical Basque nationalism. The fluidity of the symbolic meaning appears, therefore, as one of the highlights of this process of historical construction.

Key words: Montejoyra, symbol, carlism, liberalism.

* Agradezco las sugerencias y comentarios planteados en el seminario «Símbolos de Navarra, Navarra en sus símbolos», que dio origen a este texto, del grupo de investigación «El nacionalismo vasco en perspectiva comparada». Leioa, Universidad del País Vasco, 13 de mayo de 2011; así como a los anónimos informantes.

«Illustres ou inconnus, oubliés ou à naître, de tels lieux nous entraînent, nous font admettre insensiblement un ordre de faits supérieurs à ceux où tourne à l'ordinaire notre vie»¹.

«Monte situado en las cercanías de Estella (Navarra) con presencia mítica a lo largo de toda la historia del Partido Carlista»².

1. Introducción

Montejurra supone la representación de una historia y, como tal, su conversión en símbolo, en signo representativo de quienes lo asumen como propio. Pero esta representación simbólica parte de una serie de hechos concretos sobre los que se asienta, haciendo presente aquello que ya no existe y dotándole de una capacidad de acción que es fruto de la voluntad de quienes recurren a ella como elemento de identidad, como referente memorial de su grupo. Si tomamos la expresión «orden del discurso» foucaultiana, habríamos de referirnos además a la eficacia social de esos discursos, en este caso de Montejurra como símbolo más allá de su formulación discursiva. En definitiva lo que se dice y cómo se dice, su origen y fundamento real y la repercusión y efectividad de todo ello en la sociedad y los grupos que lo acogen, que se apropian de él, una comunidad imaginada a la que referir su sentido³, y de la que surgiría el interés por acercarse a sus símbolos. ¿A qué grupo se vincularía el valor simbólico de Montejurra? ¿quiénes serían los principales interesados en su construcción y sostenimiento y con qué finalidad? De hecho, como veremos en el caso analizado, aunque su uso simbólico es mayoritariamente carlista, no es únicamente carlista. Esto muestra la plasticidad de la elaboración simbólica, que no permite la exclusividad de uso, sino una diversidad de apropiaciones⁴.

¹ Maurice Barrés, *La colline inspirée*, París, Émile-Paul Frères, Éditeurs, 1913, p. 4.

² Cecilia de Borbón Parma, *Diccionario carlista*, Dopesa, Barcelona, 1977, pp. 65-6.

³ George L. Mosse, *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Marcial Pons, Madrid, 2005 (orig.: 1975); Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 1997 (orig.: 1983).

⁴ Una útil reflexión sobre estas cuestiones en: Dominique Kalifa, «Répresentations et pratiques», en: C. Delacroix et al. (dirs.), *Historiographies. Concepts et débats*, II, Gallimard, París, 2010, pp. 877-82.

Lo revelador es que al elemento formal, a la presencia física incontestable de la montaña, se le añade una significación en la que concurren elementos culturales, políticos e ideológicos que contribuyen a incrementar su utilidad. De hecho, como sucede en buena parte de los símbolos, su empleo da lugar a miradas divergentes, a usos de significado encontrado y, por tanto, a una riqueza interpretativa que de alguna manera justifica su consideración como tales símbolos⁵.

Pretendo en este texto hacer un recorrido en el desarrollo de la interpretación simbólica de Montejurra, en su proceso de construcción y en los usos divergentes que se han dado de esta montaña y de la diversidad de acontecimientos que concurren en su entorno. De hecho, este doble punto de partida en la configuración simbólica de Montejurra nos permitiría reflexionar sobre la potencia memorial y la propia condición de acontecimiento, las vías para su consolidación y, como señalaba previamente, para su construcción. De ahí también la pregunta por los motivos que llevarían a su fabricación, a los objetivos que se pretendían lograr y la imagen que con ello se quería transmitir. Nos llevaría a indagar en los mecanismos por los cuales se mantiene el recuerdo de unos hechos e incluso su distribución social, transmisión y arraigo. Aunque no es el objeto de estas páginas, no dejaré de hacer alguna mención a todo ello.

En definitiva, buena parte de la reflexión sobre Montejurra como símbolo se movería en el marco de las representaciones colectivas que formularan Émil Durkheim y Marcel Mauss, incluso de las mentalidades, conceptos todos ellos que buscarían bucear en las complejidades de la pertenencia grupal, sus subjetividades y componentes emocionales.

⁵ Raymond Firth, *Symbols: Public and Private*, Cornell University Press, Ithaca, 1973; Sean Wilentz (ed.), *Rites of power. Symbolism, rituals and politics since the Middle Ages*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1985, especialmente la introducción del editor, «Teufelsdröckh's dilemma: on symbolism, politics and history», pp. 1-10; y el de Clifford Geertz, «Centers, kings and charisma: reflections on the symbolics of power», pp. 13-38 (previamente publicado en Joseph Ben-David y T.N. Clark (eds.), *Culture and its creators*, Chicago, The University of Chicago, 1977), donde afirma: «political authority still requires a cultural frame in which to define itself and advance its claims, and so does opposition to it» (p. 30); Robert Darnton, «The Symbolic Element in History», *Journal of Modern History*, 58, 1986, pp. 218-34; Grant McCracken, *Culture and Consumption: New Approaches to the Symbolic Character of Consumer Goods and Activities*, Indiana University Press, Bloomington, 1988. Véase también el artículo de Thomas Weller, «Símbolos, imágenes, rituales: el lenguaje simbólico del poder en la Europa del Antiguo Régimen», *Memoria y Civilización*, 13, 2010, pp. 9-33.

Podría también adscribirse a la idea de la invención de la tradición, que para Hobsbawm sería «a set of practices, normally governed by overtly or tacitly accepted rules and of a ritual or symbolic nature, which seek to inculcate certain values and norms of behavior by repetition, which automatically implies continuity with the past. In fact, where possible, they normally attempt to establish continuity with a suitable historic past»⁶. Aunque no toda invención de la tradición tiene carácter simbólico (aunque sólo sea porque no todas arraigan), cualquier símbolo es una construcción de sentido y el objeto de un interés específico. En definitiva, para Hobsbawm, una tradición es, entre otras cosas, un complejo de símbolos⁷. Y en buena medida, la tradición tradicionalista, la tradición carlista en sentido muy genérico, supone enfrentarnos, además de a otros elementos —ritos, costumbres, prácticas, sentimientos, razón...—, a varios componentes simbólicos, entre ellos Montejurra. Pero además, y siguiendo con la definición del historiador británico, tanto en la tradición inventada como en sus componentes, juega un peso determinante el uso del pasado, su manejo, su consulta. Es el elemento legitimador y cohesionador y por tanto los historiadores estamos plenamente insertos en las ruedas del mecanismo constructor. De ahí que la revisión de las tradiciones tanto como de los símbolos sea en buena medida una reflexión historiográfica, una mirada genealógica al pasado en busca de los sentidos que contribuyeron a la construcción de significados y símbolos.

Una última referencia teórica para terminar esta introducción: la reflexión sobre Montejurra como lugar de la memoria, tanto en sentido explícito como figurado. La irrupción del libro de Pierre Nora provocó una conmoción añadida en un momento de revisión historiográfica, pero también se le criticó por su contribución al refuerzo de lo que presuntamente cuestionaba, que era la construcción de los fundamentos históricos de la nación. Para el propio Nora, la noción de «lugar de memoria» era abstracta, «puramente simbólica», pero de entre su plasticidad, como señala Santiago Leóné, Nora eligió los elementos representativos de un

⁶ Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996 (1.^a: 1983), p. 1. Un paralelo podría ser el vinculado con la idea del nacionalismo banal, que basaría su pervivencia en una suma de pequeños gestos cotidianos ajenos a la épica política o histórica (Michael Billig, *Banal nationalism*, Sage, Londres, 1995).

⁷ Hobsbawm y Ranger, *op. cit.*, p. 4.

sistema simbólico, un complejo de símbolos, si usamos las palabras de Hobsbawm⁸. Aunque con elementos criticables, no deja de ser un instrumento útil y de alguna manera, Montejurra puede configurarse como uno de los «lieux de mémoire» que se dan cita en Navarra, aunque la necesidad de construir la distancia crítica lleve a afirmarlo con todas las precauciones necesarias y a preguntarnos ¿por qué nos planteamos en la actualidad la cuestión de los símbolos? ¿Existe el sentimiento de pérdida que se ha atribuido a Nora como motor de su iniciativa? Llevado al caso que nos ocupa, ¿es la desaparición —aparente— del carlismo la que ha llevado a su conversión en lugar de memoria, en elemento «musealizable»? El riesgo en ello está en crear un canon actual sobre el pasado, siempre revisable, acorde con las necesidades del presente, de cada presente.

Contra lo que pudiera parecer, no he pretendido obstaculizar el análisis, sino tomar conciencia de sus riesgos y, sobre todo, tener en cuenta que la visión crítica es un punto de partida ineludible cuando nos enfrentamos a objetos históricos a los que no podemos referirnos en exclusiva como «hechos», pensando tal vez que la mera descripción nos exime de mayores compromisos. En buena medida, como toda cuestión del pasado, nos retrata tanto o más de lo que nosotros creemos plasmarla.

2. La conversión de Montejurra en símbolo

Montejurra es una montaña, un saliente rocoso que destaca con claridad en las cercanías de Estella, dominándolas con su presencia y con la escolta de Monjardín (Deio, 893 metros). En términos de relieve, resalta 489 metros y alcanza los 1.044 de altitud; por usar un indicador relativo, su dominancia prominencial es del 54%, teniendo en cuenta que la montaña más alta de la región a la que se refiere es de 100% y la de la llanura es del 0%. Es la cumbre número 15 de Navarra⁹.

Es una zona intensamente humanizada, como se ha descubierto por restos procedentes de la época del bronce y con una presencia romana es-

⁸ Santiago Leoné, *Los fueros de Navarra como lugar de la memoria*, Fundación para el Estudio del Derecho Histórico y Autonómico de Vasconia, San Sebastián, 2005, pp. 22-30; Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, Gallimard, París, 1984-1992.

⁹ De www.mendikat.net/monte.php?numero=995 (consultado 02/05/2011).

table en el carasol, especialmente destacable en la villa de las Musas de Arellano¹⁰. Muy presente en las luchas contra los musulmanes, desde muy pronto formó parte del patrimonio del Monasterio de Irache. En el proceso de racionalización económica de fines de la Edad Media pasó a control de la Orden de San Juan de Jerusalén, más interesada en el aprovechamiento ganadero¹¹.

Por lo que más nos interesa aquí, fue en 1835 cuando comenzó a mostrar una cierta presencia militar en el marco de la guerra de los siete años. En marzo Zumalacárregui subió a su cima y emboscó tropas en Barbarin para atacar Arróniz¹². Seguía siendo parte importante de una forma de hacer la guerra, basada en emboscadas, sorpresas y ataques rápidos. Sin embargo, su primer protagonismo fue unos meses más tarde, en noviembre. Los liberales de Fernández de Córdova habían tomado Estella el día 15, al retirarse los carlistas, pero éstos recibieron refuerzos y los liberales abandonaron la ciudad. Las tropas de Carlos M.^a Isidro ocuparon la cima de Montejurra subiendo por Irache, en disputa con los liberales que también la pretendían y que acabaron abriéndose paso, con cargas de caballería y a la bayoneta, hacia Allo y Lerín:

«Este final de la jornada acabó de frustrar las miras del enemigo, quien atacando siempre que el terreno es montañoso nuestras marchas por flanco y retaguardia, contenido donde hacemos alto para volver a la carga cuando prosigue la marcha después de rechazado, y demasiado cobarde para esperar firme, ni atacar de frente a los soldados de la Reina, quiere darse la apariencia de vencedor con los seducidos pueblos que han de consumir con el último sacrificio de ellos las ambiciosas esperanzas que jamás sabrá realizar ni su valor ni su pericia»¹³.

¹⁰ Eva Tobalina, *La Villa de las Musas. Yacimiento arqueológico de Arellano*, Fundación para la Conservación del Patrimonio Histórico de Navarra, Pamplona, 2008.

¹¹ Agradezco estas referencias a la profesora Raquel García Arancón.

¹² Melchor Ferrer, Domingo Tejera y Jose F. Acedo, *Historia del tradicionalismo español*, VI. *Última campaña de Zumalacárregui (De enero de 1835 al sitio de Bilbao)*, Trajano, Sevilla, 1943, p. 156.

¹³ Parte del general Luis Fernández de Córdova. Cuartel General de Lerín, 17 de noviembre de 1835. *Gaceta de Madrid*, 332, 23/11/1835, pp. 1326-7, 1327 para la cita. Recogido en *El Eco del Comercio*, 24/11/1835, p. 1. Sobre estos hechos: Melchor Ferrer, Domingo Tejera y Jose F. Acedo, *Historia del tradicionalismo español*, VIII, *González Moreno en el Norte (Desde el levantamiento del primer sitio de Bilbao, a fin de diciembre de 1835)*, Trajano, Sevilla, 1946, pp. 226-31 (plano en la p. 229).

De este texto destacan varios elementos: primero, la dependencia de los carlistas de las zonas montañosas; segundo, su cobardía, que no afrontaba a las tropas de línea en campo abierto y, tercero, su dominio de la zona mediante el engaño. Estos tres argumentos forman parte de la imagen que del carlismo tuvieron los liberales en general y sus militares en particular. Pero de todos ellos quizá quepa destacar, por la importancia que ha de mostrar en cuanto a su valor simbólico, lo referente al vínculo con la montaña. De hecho, el día de redacción del parte citado, escribió Fernández de Córdova una orden general más prolija y dirigida a las tropas bajo su mando. En ella recogía los tres elementos mencionados y hablaba específicamente de,

«¡El Montejurra! ¿Qué terreno más ventajoso para los que se titulan reyes de las montañas, con menos confianza en sus armas que en la protección del país que han fanatizado sus arrogantes y desacreditados embustes? [...] después de 10 horas de fatiga os presentásteis a desafiar como en una parada la jactancia de esos soldados montaraces que sólo se atreven a combatir entre breñas y bosques»¹⁴.

En definitiva, cundía la idea de que las huestes carlistas se valían de una forma de hacer la guerra poco caballerosa, traicionera, y se convirtió en un elemento de análisis sumamente representativo, acuñando en las tácticas militares del momento la expresión de «guerra de montaña», que tomaría especial relevancia en la siguiente confrontación. En las puertas de Estella, Montejurra se mostraba como un enclave determinante, tal vez el último bastión montañoso antes de las llanuras riberas, protegiendo la capital carlista y la entrada al reducto que en esta guerra de los siete años supusieron las Amescoas. Así lo asumía una noticia que hablaba de la toma de Arróniz por el brigadier Miguel Iribarren el 13 de mayo de 1836. Su objetivo: «no debe dejar pasar ni un faccioso de Montejurra para abajo, y tendrá en alarma continua a los de Estella»¹⁵.

Meses después y con la colaboración de la legión francesa, los liberales expulsaban de la «escarpada cima» de Montejurra a los carlistas y se retiraban hacia Allo y Lerín, pasando por las cercanías de esa montaña,

¹⁴ Orden general del 17 de noviembre de 1835. *Gaceta de Madrid*, 332, 23/11/1835, p. 1327. Recogida en *El Eco del Comercio*, 24/11/1835, p. 2.

¹⁵ *El Eco del Comercio*, 24/05/1836, p. 4.

«sin que los enemigos se hayan presentado ni disparado un tiro, [lo cual] me hace creer lo escarmentados y abatidos que han quedado de la gloriosa acción de ayer»¹⁶. Todas las acciones que iban a producirse en la zona acababan, en palabras de los liberales, con la huida de los carlistas hacia la cima de Montejurra, convertido cada vez más en la encarnación ya no sólo de la forma de combatir del carlismo, sino de todo él. Más que de los carlistas, la atribución de sentido y la consideración simbólica de la montaña procedía de los liberales y por tanto le daban un carácter claramente negativo. Cuando se produjo, años después, la creación de la Guardia Civil, en una de las descripciones que se hacía del equipo que sus integrantes habrían de llevar, se cuidaba de mostrarlo ligero, práctico y cómodo: «Contemplemos por un momento a un soldado de caballería vestido de bota alta y pesado equipo, con su caballo de mano, descendiendo de las montañas de Cataluña, de la sierra de Rabanal, Albarracín, de Alcalá la Real, de Montejurra o de Arlabán»¹⁷. En este catálogo de lugares vinculados al carlismo de la guerra precedente, guerra de montaña, dominio carlista, se mostraba el peligro principal al que el nuevo cuerpo armado había de hacer frente, y Montejurra figuraba ya como un lugar, concreto, específico, claramente individualizado.

Se había convertido en parte activa de la memoria militar liberal, fuente de méritos y reconocimientos para sus integrantes, que hacían valer sus acciones en las inmediaciones para justificar recompensas y ascensos¹⁸. Pero también en la historiografía liberal, que en el proceso de construcción nacional recogió esos hechos con especial insistencia en la

¹⁶ Orden general de Marcelino Oraa, desde el cuartel general de Lodosa, del 15 de septiembre de 1836. En: *El Eco del Comercio*, 20/09/1836, p. 2; *El Español*, 20/09/1836, p. 2. Comentaba éste la victoria liberal pese a un enemigo situado, «como cuida hacerlo siempre, en formidables posiciones. Jamás han valido nada las ventajas del número ni las del terreno contra quien tiene a favor suyo el denuedo, la intrepidez y el marcial ardimiento» (p. 2). Véase también el parte del general Francisco García sobre la ocupación carlista de la cima días antes: Cuartel general de Echauri, 17/09/1836. *Gaceta Oficial*, 96, 23/09/1836, pp. 483-4.

¹⁷ *El Heraldo*, 29/06/1844, p. 2.

¹⁸ Véase, por ejemplo, la relación de recompensas en *La época*, 12/12/1852, p. 1; o la importancia para algunos militares, como «El Excmo. Sr. Marqués de la Pezuela. Senador del Reino», *Escenas Contemporáneas*, II, 1857, pp. 439-56, 447-8 para las referencias a Montejurra; «El Teniente General don Antonio Ros de Olano», *El álbum de las familias*, II/19, 18/03/1860, p. 150; al fallecer el mariscal de campo Joaquín Morales de Rada, *La época*, 27/12/1861, p. 1; o incluso en quien morirá cerca, Manuel de la Concha, *La época*, 20/06/1865, p. 4.

derrota del obstáculo carlista¹⁹. Por su parte, las menciones a esta montaña entre el carlismo son escasas. No debe extrañar esta discreción pues, en general, la producción historiográfica sobre el carlismo en este período fue reducida, limitada a las crónicas bélicas, o incluso a las polémicas intensas entre traidores y traicionados, pero que apenas había alcanzado una visión sistemática, ni siquiera semejante a la de Pirala. Una explicación de esta actitud podría venir de la concepción del carlismo sobre sí mismo. Así, cabría distinguir entre la visión liberal, para la cual sólo interesaba el carlismo en tanto que suponía una amenaza o una dificultad en el camino que conducía a la felicidad humana, mientras que para los tradicionalistas incluso la derrota encajaba en el plan a largo plazo que se imponían, que no era otro que la transformación de la sociedad de acuerdo a sus principios. En ese sentido, esta guerra para el carlismo había sido sólo un aspecto del proceso y poco importaba el resultado final o, al menos, no era decisiva la derrota. Mientras, el liberalismo, al examinar el pasado trazaba el camino del futuro, buscaba identificar la trayectoria seguida en el proceso de perfectibilidad humano, miraban a un horizonte de expectativa que radicaba en el futuro por construir, necesariamente mejor a tenor de la aplicación del principio de progreso. Esto permitía una activa participación del ser humano en la historia, la posibilidad de modificar y por tanto la capacidad de prever. Había una filosofía de la historia, una reflexión que hacía humana la revisión del pasado, al dejar en manos de los hombres la totalidad de las decisiones e incluso la construcción del futuro. La historia era importante porque servía como ilustración de ese proceso, como una teleología que mostraba la flecha del tiempo dirigida hacia el paraíso terrenal a construir por los propios seres humanos²⁰. Por eso también la elaboración simbólica del enemigo, su vínculo con un elemento que encarnaba lo negativo como era Montejurra, formaba parte del proceso de construcción del futuro y adquiría en ellos mucha mayor importancia —al menos momentánea— que entre los carlistas.

¹⁹ Las entregas de la *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, de Antonio Pirala, se publicitaban ampliamente en la prensa. Así, la referida a las acciones de Montejurra en *Diario oficial de avisos de Madrid*, 09/12/1868, p. 4. La obra se terminó en 1855, aunque se reeditó en diversas ocasiones.

²⁰ Francisco Javier Caspistegui, «Hacer la historia de las guerras carlistas desde el carlismo», en: *Violencias fratricidas. Carlistas y liberales en el siglo XIX. Actas de las II Jornadas de Estudio del Carlismo. 24-26 septiembre 2008. Estella*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2009, pp. 330-3.

3. En torno a 1873 y 1876

Mucha más relevancia tuvieron las batallas de Montejurra de esta guerra, ya no solo en el caso de los que genéricamente llamaremos liberales (amadeístas, republicanos, alfonsinos), sino también entre los carlistas, que fundaron en la primera de ellas su contrapunto simbólico. Entre el 7 y el 9 de noviembre de 1873 combatieron las tropas republicanas del general Moriones y las carlistas del brigadier Ollo, con la presencia de Carlos VII en el campo de batalla. Trataban los republicanos de forzar el paso desde Los Arcos a Estella y los carlistas les hicieron frente entre Montejurra y Monjardín, rechazándolos con pérdidas significativas²¹.

Antonio Pirala recogió la acción, meses después, señalando que la jornada del día 7 sirvió

«para asegurar al país navarro y a los carlistas, que los soldados liberales podían llegar a las formidables posiciones que, con obras de defensa de antemano preparadas, ocupaban aquellos; y para satisfacer este amor propio ante los enemigos, no ante el país, que harlo saben cómo pelean sus hijos, hubo considerables bajas, pues más de 300 heridos llegaron a Logroño. [...] No fue un reconocimiento para tantear el punto más vulnerable, ni una formal acometida a Estella, fue hacer una ostentación de que con nuestros heroicos soldados, se va a todas partes, sin que sea obstáculo la intemperie, el terreno y la bravura del enemigo»²².

²¹ En los meses siguientes, los periódicos liberales recogieron ayudas y socorros a muchos de los heridos en ella (por ejemplo: *El Imparcial*, 02/04/1874, p. 2; 12/04/1874, p. 2; 10/05/1874, p. 2; 03/06/1874, p. 2).

²² Antonio Pirala, «La guerra civil», *Revista de España*, VII/XXXVIII, mayo-junio 1874, pp. 55-73, la cita, p. 57. Sobre esta batalla: Antonio Pirala, *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*, IV, Im. de M. Tello, Madrid, 1877, pp. 565-73; *Atlas topográfico de la narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876...* Depósito de la Guerra, Madrid, 1887, hojas 6.^a y 7.^a; Francisco Hernando, *Recuerdos de la guerra civil. La campaña carlista (1872 a 1876)*, Jouby y Roger, París, 1877, pp. 108-11; Melchor Ferrer, *Historia del tradicionalismo español*, XXV. *Carlos VII, la Guerra civil en 1873*, Editorial Católica Española, Sevilla, 1958, pp. 87-9; Jaime de Orbe, «Montejurra», *El Pensamiento Navarro*, 14/11/1926; Antonio Brea, *El Estandarte Real*, II/17, 08/1890, pp. 260-6. Ya en el momento lo recogió un extraordinario de *El Cuartel Real*, 09/11/1873, en el que se cantaba la victoria y señalaba que «España está de enhorabuena, y los carlistas debemos una vez más bendecir al Señor de los Ejércitos por la visible protección que dispensa a nuestras armas» (p. 2).



Fuente: Francisco Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX: sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos...*, V, Seguí, Barcelona, 1902, p. 694.

El cambio de actitud carlista se aprecia con claridad en la creación de una medalla conmemorativa de esta victoria. Creada por R. O. dada en Estella, el 9 de noviembre de 1873, «para perpetuar la memoria de un hecho que tanto honra a mi Ejército», en palabras del pretendiente Carlos VII. Tenían derecho a usarla todos los que asistieron a la batalla. Era de cobre, en forma de cruz, y llevaba en el centro las fechas 7, 8 y 9 de noviembre de 1873, en el exergo la leyenda «Patrocinio de la Virgen» y en los brazos superiores «Dios. Patria. Rey» con cuatro flores de lis en los

ángulos y cinta roja²³. Además, junto a la representación formal de la victoria comenzó su mitificación por medio de los comentarios más o menos irónicos hacia el general liberal, de origen navarro, como el recogido en algunos pliegos que circularon por Estella:

A dónde marcha Moriones
 Ese general de lance,
 Que ganó los entorchados
 En ardidés miserables;
 El azote de esta tierra.
 Noble, generosa y grande,
 Y que aunque en ella ha nacido
 Es liberal y cobarde...
 Y en tanto la leal Estella
 Aclama con entusiasmo
 A los bravos batallones
 Y a los generales bravos
 Que con su sangre han escrito
 De Montejurra en el campo
 La página más gloriosa
 Que la historia ha registrado²⁴.

Comenzaba a construirse la historia, destacando por contraste las glorias de sus actos y sumándose paulatinamente a una percepción del pasado más activa, más humanamente accesible, aunque sin renunciar a los principios más importantes de su ideario y a una percepción providencialista de la historia. Así, en el primer aniversario de la batalla, recogía *El Cuartel Real* el orgullo por la victoria y la imposibilidad de que les derrotasen: «¿Queréis otra prueba más clara de que Dios está de nuestra parte, de que Dios nos

²³ La orden general de creación de esta condecoración indicaba: «Deseando pues, perpetuar la memoria de tan glorioso hecho de armas, he dispuesto crear una medalla conmemorativa, para premiar el heroísmo de todos los que en él habéis tomado parte. Esta batalla, en la que generales, jefes, oficiales y clases de tropa han llenado tan cumplidamente sus deberes, a más de una victoria presente, es una promesa cercana, es una esperanza segura de que muy en breve, ha de llegar mediante vuestros sacrificios, el reinado del orden y la paz, para nuestra afligida y trabajada patria» (*El Cuartel Real*, I/8, 14/11/1873, p. 1) y el decreto para su creación, con la descripción de la misma, en: *El Cuartel Real*, I/9, 21/11/1873, p. 1. Jaime del Burgo, *Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas, luchas políticas. Fuentes para la historia de España*, Ed. del autor, Pamplona, 1978 (2.^a), p. 227. También se recogía en la prensa madrileña: *Diario oficial de avisos de Madrid*, 09/04/1874, p. 4, aunque difiere en el material, e indica que es hierro.

²⁴ *La Paliza de Moriones*, Estella, 1874, 1 pliego. Lo recoge Del Burgo, *op. cit.*

protege siempre que procuramos merecer su protección, y de que el triunfo definitivo de nuestra causa está escrito en el cielo?»²⁵. La acción humana no era la que intervenía de manera decisiva, de ahí por qué la historia, como reflejo de la actividad de los hombres, no era un conocimiento que incidiese en la vida social; de ahí por qué, a diferencia de los liberales, haya que hablar más de una teología de la historia, del providencialismo en su mirada al futuro y de la escasa atención prestada a lo que en los liberales era un instrumento legitimador de gran efectividad²⁶. Sólo tras esta guerra, cuando perdieron las opciones para instaurar un sistema adecuado a sus puntos de vista, comenzaron a plantearse, aún tímidamente, un uso más sistemático de los elementos que les proporcionaba el pasado.

Después de 1873, los carlistas se hicieron fuertes en la línea que culminaba Montejurra y protegía Estella. Frente a ellos, las acometidas de los liberales del general Concha, conecedor del entorno desde 1835, que sopeaban la dureza de lo que podía venir: «Si, como parece, los carlistas se deciden a una resistencia seria, donde habrá gran lucha será en Monjardín y Montejurra»²⁷. Habían introducido los carlistas una innovación, como era la de las trincheras, lo que venía a reforzar el componente agreste que ya se venía destacando en la guerra anterior y haciendo más difícil el asalto a las mismas:

«todas las entradas a Estella, ciudad santa del carlismo, presentaban un aspecto imponente. Allí eran las montañas, verdaderas, casi inexpugnables fortalezas. [...] estaban erizadas de obras defensivas, ora líneas continuas enlazadas por reductos, ora verdaderos corchetes dibujados en el terreno, hábilmente contruidos, modelos de fortificación de campaña, auxiliados además por gran número de baterías. Contra ellas eran casi nulos los efectos de nuestra artillería. El defensor gozaba allí guarecido de una impunidad casi absoluta, y desde allí vomitaba la muerte, diezmando las vidas de aquellos bravos batallones que subían a pecho descubierto»²⁸.

²⁵ *El Cuartel Real*, II/132, 07/11/1874, p. 1.

²⁶ Que usaban los hechos como objeto de espectáculo teatral en los llamados «Panoramas», mediante los cuales se representaban escenas de actualidad. En el que se anunciaba para el de la Zarzuela de Madrid, se incluía, entre los 17 cuadros ofrecidos, el de Montejurra. *La Discusión*, 06/12/1874, p. 3; *La Correspondencia de España*, 04/12/1874, pp. 1 y 8; *La Época*, 05/12/1874, p. 3.

²⁷ *La Iberia*, 30/06/1874, p. 2. Otras referencias a la línea de Montejurra en *La Época*, 17/06/1874, p. 3 y 27/06/1874, p. 3.

²⁸ Federico de Madariaga, «La infantería española», *La Ilustración Nacional*, XIV/4, 06/02/1893, p. 50.

No en vano esta percepción se mantuvo, como se recoge en un irónico artículo en el que su autor reclamaba una de las condecoraciones que al parecer tan pródigamente se repartían en el año de finalización de la guerra. Los méritos que aducía para ello eran su condición de escritor: «¿Acaso yo no libro una batalla diaria con Mendo? ¿no tengo enfrente de mí el Decreto sobre imprenta, trinchera más inexpugnable que las de Monjardín y Montejurra?»²⁹. De hecho, esta idea de resistencia, de cerrazón, de atrincheramiento y violencia («¡Dialéctica de Montejurra y Puente la Reina!»³⁰), fue utilizada de forma frecuente en las revistas satíricas y anticlericales de la Restauración, como elemento distintivo de un carlismo —y del clero en general— al que se criticaba con dureza:

«Viendo con qué hidrofobia
prohibís la lectura,
aguerridos monagos
de Estella y Montejurra,
solo puedo deciros:
“¡Oh, curas, curas, curas!...”»³¹.

La cúspide de la montaña para los opositores al carlismo encarnaba los obstáculos a los valores del progreso y adoptaba plásticamente la imagen de esa resistencia natural, complementada por las barreras que en forma de trincheras añadían los carlistas. Sin embargo, no iban a ser defensas que durasen indefinidamente y en el mes de febrero de 1876 caía la cúspide de la montaña y, entre otras cosas, decía el eufórico parte que desde allí se enviaba: «Fuerte de la cúspide de Montejurra, 18 de febrero de 1876, a las tres de la tarde. ¡Viva el rey! Las banderas de Figueras, Segorbe, reserva de Baeza y primer batallón de Córdoba ondean

²⁹ Clarinete, «Una cruz», *El Solfeo*, 15/11/1876, p. 4.

³⁰ *La Unión*, 02/08/1878, p. 2. También lo decían en *El Globo*, 25/06/1877, p. 3. Se hablaba de los heridos en la fiesta de moros y cristianos de Onteniente como de un Montejurra (*La Unión*, 31/08/1878, p. 3).

³¹ *La Unión*, 29/08/1878, p. 4. Este mismo periódico hablaba de los curas como «licenciados de Montejurra» (*La Unión*, 06/09/1878, p. 2); otro indicaba la labor de «los misioneros que suelen predicar y ejercer el apostolado en Montejurra y el Maestrazgo, en Olot y Cuenca» (*La República*, 22/02/1884, p. 2); idea en la que insistía *El Motín* (24/07/1887, p. 3) al hablar de las excursiones de los jesuitas de Manresa por la montaña «predicando paz a lo Montejurra, amor a lo sima de Igúzquiza, y fraternidad a lo Santacruz».

donde anidan las águilas»³². Expresión ésta última bien significativa que muestra hasta qué punto se había asociado la cumbre montañosa con la quintaesencia del carlismo. Montejurra simbolizaba la dificultad, y la caída de la cumbre, en buena medida, la del propio movimiento de Carlos VII. De hecho, al día siguiente capitulaba Estella³³. Estas acciones significaron para las tropas de Alfonso XII el reverso de la batalla de 1873. Buen indicador de la necesidad de contar con un elemento que contrarrestase aquella, fue la petición de que a los hechos acontecidos en febrero de 1876 «se les dé el calificativo de “batalla” por estar comprendidos en las reglas técnicas de las obras más ilustradas del arte de la guerra»³⁴. A la fuerza legitimadora que para los carlistas supuso 1873, se le oponía la que encarnaba la reacción militar de 1876. El mito quedaba sometido, dominada la imagen triunfante del carlismo mediante la victoria liberal.

Al finalizar la guerra había una dualidad simbólica en torno a la montaña, que por una parte era refugio, defensa de valores, en un discurso defensivo configurado de forma más genérica por el carlismo desde la primera guerra y de otras formas incluso antes³⁵; y por otro la montaña como dificultad, como barrera, como elemento negativo. Desde el carlismo el primer componente de la dualidad, desde el liberalismo el segundo, mostraba la flexibilidad representativa de un accidente geográfico cuya relevancia simbólica fue incrementando su importancia en años posteriores. De hecho, incluso los hasta ese momento reticentes seguidores de la tradición, comenzaron a asumir la importancia de la «propaganda» de sus ideas, dado el panorama en el que la derrota los situó. Sin capacidad militar inmediata, el carlismo hubo de asumir una renuente inserción en el panorama político de la Restauración y competir con otras fuerzas políticas que comenzaron a arañar parte de su apoyo social. La presencia de ele-

³² Énfasis añadido. *La Iberia*, 20/02/1876, p. 2. Francisco Hernando, *Recuerdos de la guerra civil*, p. 417; Melchor Ferrer, *Historia del tradicionalismo español*, XXVII. *Carlos VII, Tercera guerra (enero de 1875 hasta el final de febrero de 1876)*, Editorial Católica Española, Sevilla, 1959, p. 251; Antonio Pirala, *Historia contemporánea*, VI, pp. 493-6.

³³ Antonio Pirala, *Historia contemporánea*, VI, pp. 496-9.

³⁴ *Diario oficial de avisos de Madrid*, 30/07/1876, p. 2; *La Correspondencia de España*, 29/07/1876, p. 2.

³⁵ Francisco Javier Caspistegui, «La Navarre carliste : réalité et construction d'une géographie contre-révolutionnaire», en: Bruno Dumons e Hilaire Multon (dirs.), «*Blancs et contre-révolutionnaires en Europe. Espaces, réseaux, cultures et mémoires (fin xiii-début xxe siècles)*. France, Italie, Espagne, Portugal, École Française de Rome, Roma, 2011, pp. 57-75.

mentos de refuerzo identitario se plasmó en la elaboración, por ejemplo, de imágenes pictóricas ensalzando el pasado carlista. Aunque en una fase de declive de la pintura historicista, la historia tradicionalista sirvió de referencia y en 1882 se anunciaba la finalización de un encargo realizado por Carlos VII al pintor Enrique Estéban. Consistía en dos obras que recogían las batallas de Montejurra y San Pedro Abanto³⁶. Pero más allá de este encargo, destaca la difusión del símbolo en que la acción de 1873 se había convertido, pues pronto encontramos expuestos los cuadros o su reproducción en San Sebastián, advirtiendo la noticia lo inoportuno del momento «en que la intransigencia carlista hace una propaganda desesperada para renovar hoy entre nosotros los horrores de una nueva contienda civil». Y añadía: «la exhibición inoportuna, extemporánea de esos cuadros constituye un incentivo poderoso de audaces carlistas para tantos como aún no han desistido de atizar en el suelo vasco la tea de la discordia»³⁷. Habrá que imaginar entonces la impresión que produciría ver a la venta reproducciones de ese cuadro en la prensa carlista³⁸.

Otro reflejo de la importancia concedida a Montejurra fue la presencia y el análisis dado a la batalla —fundamentalmente la de 1876— desde el ejército, que estudiaba o recordaba lo ocurrido, o cuyos miembros visitaban el escenario de los acontecimientos. De hecho, más allá de las referencias procedentes de la prensa más radical, cabe señalar que Montejurra —1876, no 1873— pasó a formar parte del patrimonio simbólico del ejército de la Restauración, que acudía a los hechos de la cumbre navarra para resaltar a sus protagonistas³⁹, o lo logrado en la superación de las defensas

³⁶ Hablaba de ellos con ironía *El Globo*, 15/06/1882, p. 2; *La Correspondencia de España*, 16/06/1882, p. 1; y *Diario oficial de avisos de Madrid*, 18/06/1882, p. 4. J. Ortega Munilla, «Una visita a D. Carlos. Venecia, 13 de enero de 1888», *El Imparcial*, 20/01/1888, p. 1, recogía la presencia de estos cuadros en Loredán. Elaboró este mismo pintor otros, como «Don Carlos Calderón en Montejurra» (recogido como lámina en *El Estandarte Real*, III/33, 12/1891, p. 18).

³⁷ «Trabajos carlistas», *La Iberia*, 22/03/1885, p. 2. Recogía el texto de *La Voz de Guipúzcoa*. Pese a las advertencias, se difundió en forma de fototipia a 8 reales (*El Vigía de Ciudadela*, 28/05/1887, p. 330).

³⁸ *El estandarte real*, II/13, 01/04/1890, p. 207, anunciaba «una magnífica lámina de esmeradísima ejecución», del cuadro que estaba en el palacio veneciano.

³⁹ Cabe señalar la presencia de Montejurra entre los hechos de armas que figuraban en las noticias de ascensos o en las necrológicas de militares ilustres. Por ejemplo el bastón de mando regalado al general Blanco tras vencer en Mindanao, con los nombres de sus victorias grabados en él: Peña-Plata, Cuba, Marahuí, Santo Domingo, Montejurra, Somorrosto, Bilbao y Urnieta (*La Época*, 04/07/1895, p. 2).

de Estella, entre las que destacaba «el gigantesco y abrupto Montejurra, en cuya cúspide, y cual verdadero nido de águilas [...] se asentaba sobre inmensa y empinada mole de roca viva el castillo de San Sebastián, que por su situación tan ventajosa constituía inexpugnable fortaleza»⁴⁰. Aunque es evidente la recreación de lo sucedido para incrementar su mérito, no deja de ser significativo el uso de un hecho de armas como elemento de referencia dos décadas después de ocurrido. Pero además estaba la presencia de altos mandos militares sobre el terreno. Uno de ellos fue el general Azcárraga, que visitó Montejurra y las posiciones de las tropas durante la guerra⁴¹. No iba a ser extraño que en esos mismos parajes se celebrasen maniobras y paradas militares —en ocasiones con incidentes entre los habitantes y las tropas⁴²—, o que la infantería acuartelada en Estella tuviera en ellos su escuela de tiro. Todo ello culminó con la visita y la dirección de maniobras militares que realizó al lugar un joven Alfonso XIII en 1903, en las que el interés del monarca por conocer los lugares en los que se desarrollaron aquellos combates fue notorio desde los primeros rumores del recorrido, pues «[a]quellas montañas están empapadas en sangre española»⁴³. Este recorrido supuso la apropiación y la rendición simbólica de esos parajes ante el monarca de la dinastía liberal, como recordaban las crónicas al afirmar el contraste entre el recibimiento que se tributaba al hijo del derrotado en Lácar, y la ferviente condición carlista de la zona. Una de las razones que se esgrimían para justificar el cambio era la de la desaparición del carlismo, que habría dejado, al decir del cronista, un arraigado monarquismo en la zona⁴⁴. Pese a estos entusiasmos, los relatos del viaje no dejaban de recordar «la sangrienta historia de aquel monte», o hablaban del Ega, «río cien veces tinto en sangre», «siempre a la vista el siniestro Mon-

⁴⁰ Antonio Gil Álvaro, «Una batalla memorable. Montejurra 17-18 de febrero de 1876», *El Correo Militar*, 18/02/1895, p. 1. Recoge el parte de 1876 — ver nota 31 —.

⁴¹ «Revista de Navarra», *La Época*, 04/07/1880, p. 3.

⁴² A las que se ordenó montar bayonetas cuando coincidieron con una procesión procedente de Ayegui (*La Correspondencia de España*, 17/09/1899, p. 3; *La Época*, 17/09/1899, p. 1; *El Globo*, 18/09/1899, p. 1; *El Siglo Futuro*, 19/09/1899, p. 2). Otras maniobras, con Montejurra de fondo: *La Época*, 22/10/1902, p. 1.

⁴³ *La Época*, 21/08/1903, p. 1. También hacen referencia a las previsiones del viaje *El Imparcial*, 20/08/1903, p. 1; *La Época*, 20/08/1903, p. 1; *El Día*, 20/08/1903, p. 2; *El Día*, 21/08/1903, pp. 1-2; *Diario de Navarra*, 22/08/1903, p. 1; *La Época*, 24/08/1903, p. 1; *La Época*, 28/08/1903, p. 2; *El Heraldo de Madrid*, 28/08/1903, p. 2.

⁴⁴ «El Rey en Estella», *La Época*, 30/08/1903, p. 1. Ya lo señaló así Antonio M. Viergci, «El paso del automóvil», *El Liberal*, 31/12/1899, p. 1.

tejurra», etc.⁴⁵. De los argumentos que habían caracterizado la percepción liberal del carlismo, se mantenía con fuerza el componente montañés, que se llevaba hasta la lucha contra los franceses y que se conservaba en el enfrentamiento contra los isabelinos primero, los republicanos después. Era en la montaña donde se encontraba el elemento central del carlismo y si bien la imagen liberal más moderada comenzaba a mostrar los hechos con cierto distanciamiento, incluyendo Montejurra entre el pintoresquismo y el exotismo de consumo interno, los nuevos sectores políticos mantuvieron el rechazo a lo que esas montañas representaban para ellos. Mientras desde el ejército se buscaba incorporar y asumir lo ocurrido a través de la memoria de la batalla de 1876, desde la política más radical mantenía una clara connotación reaccionaria. Así, una de las críticas al sistema político del turno asociaba un cambio de gobierno con quienes habían fusilado a Ferrer Guardia «y con los que en el Maestrazgo y en Montejurra asesinaron, robaron e incendiaron»⁴⁶. Para la política extraparlamentaria de comienzos de siglo, el carlismo encarnaba todos los males de la reacción y la España negra. Así lo recogía, por ejemplo, un anarquista:

«Están indignados, horrorizados, espantados de mi crimen; ellos, los que celebran las hecatombes de Olot, de Cuenca y mil puntos con lúbricas orgías. Ellos, los que designaban simas donde arrojar a sus víctimas con vida. ¿Cuándo llegará a sumar el anarquismo el número de víctimas que tienen a su costa esos feroces bandidos de guante blanco? ¿Dónde podrán encontrar un anarquista que se parezca al cura de Santa Cruz, a Rosa Samaniego, a Saballs o al tigre del Maestrazgo?»⁴⁷.

Lo llamativo es que, ya durante la II República, fue precisamente en Montejurra donde se reunían unos presuntos conspiradores anarquistas a los que se detuvo a comienzos de 1933⁴⁸.

⁴⁵ Mascarilla, «El viaje de D. Alfonso XIII», *La Época*, 01/09/1903, p. 1; «Estella», *La Correspondencia de España*, 27/08/1903, pp. 1-2; «Notas del viaje regio. De Estella a Logroño», *La Época*, 04/09/1903, p. 1. Véanse además, C.G., «El viaje del Rey», *La Correspondencia Militar*, 31/08/1903, p. 2; «El viaje regio», *Por esos mundos*, IV/104, 09/1903, pp. 195-200.

⁴⁶ Generoso Plaza, «La embriaguez del triunfo», *Vida Socialista*, 26/10/1911, p. 15.

⁴⁷ Carta de Paulino Pallás al periódico *El País*, 4-X-1893. Citada por Ángel Herrérin López, «España: la propaganda por la represión, 1892-1900», en: Juan Avilés y Ángel Herrérin (eds.), *El nacimiento del terrorismo en occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Siglo XXI, Madrid, 2008, p. 109.

⁴⁸ *La Voz*, 06/01/1933, p. 2; *El Sol*, 06/01/1933, p. 8; *La Libertad*, 08/01/1933, p. 4.

Llegada la República, la simbología de la montaña de tierra Estella para el no-carlismo se había fijado en torno a elementos procedentes de la guerra de los siete años: por un lado, el vínculo con la montaña y el carácter negativo de ésta, tanto por lo que significaba como por la historia que acumulaba tras de sí. Y aunque dentro del mundo político cupiera establecer matices (un mayor rechazo entre las fuerzas más extremistas, una mirada más comprensiva entre las moderadas), de alguna manera el carlismo significaba algo que había pasado a formar parte de la historia de España y paulatinamente caía en el olvido. De Montejurra, más allá del radicalismo ideológico, quedaba el recuerdo de su conquista por el ejército en 1876, que lo incorporó a su propio esquema simbólico.

Por su parte el carlismo, más que historiar, recordaba, daba cuenta de las impresiones causadas por los acontecimientos, pero sin darles una importancia decisiva, sin considerarlo un fundamento sobre el que construir su identidad y difundir su visión del mundo. En un artículo se decía que Carlos VII recordaba con emoción las sensaciones vividas aquellas jornadas de noviembre de 1873, pero no pasaba de ahí⁴⁹. No en vano carecieron los carlistas de historias equiparables a las liberales. De hecho, fue Pírala el principal inspirador del relato sobre las guerras del XIX que recorrió los manuales escolares⁵⁰. La mirada carlista sobre su pasado se limitaba al círculo propio, sin grandes afanes proselitistas. Los hechos de Montejurra, especialmente la batalla de noviembre de 1873, servían como la fe notarial de lo que los carlistas habían protagonizado, se difundían en sus textos y en su prensa y se guardaba su recuerdo dentro de sus filas. A diferencia de sus rivales, que hablaban del final del carlismo como la superación de un problema nacional, éstos no utilizaron el pasado durante la segunda mitad de la Restauración como un elemento que había de superarse, sino como una referencia en la que encontrarse.

4. La disputa simbólica por Montejurra

Es significativo el cambio de actitud que se produjo durante la II República en el carlismo, especialmente una vez que se consolidó la unión entre las diversas fuerzas escindidas desde 1888. A partir de 1933

⁴⁹ «El día de San Carlos en el palacio Loredán», *La Lealtad Navarra*, 12/11/1895, p. 1.

⁵⁰ Francisco Javier Caspistegui, «Hacer la historia de las guerras carlistas desde el carlismo».

especialmente se percibió un cambio de actitud que se confirmaría con el posterior nombramiento de Manuel Fal Conde al frente de la Comu-nión Tradicionalista. Ese año comenzó a apreciarse la utilización siste-mática del pasado carlista como instrumento de combate político. Ya no se trataba de una mera relación cronística, sino de la voluntad de afir-mar la vitalidad de ese pasado y su continuidad con el convulso pre-sente. Montejurra ya no era solamente el lugar de un recuerdo glorioso, sino la inspiración «para hacer volver a la memoria las víctimas de la Tradición que sólo pedían un puñado de tierra para que cubriese sus ca-dáveres y una rama de nuestros árboles para hacer la cruz y colocarla en su sepultura», decía Jesús Elizalde en un mitin en Estella⁵¹. Convocados los muertos, su recuerdo y símbolos de raigambre tradicionalista como el árbol y por supuesto la cruz, Montejurra dejaba de ser el momento desvaído de los grabados o de los relatos al calor del hogar, para convertirse en instrumento, en símbolo de continuidad y de acción, en ape-lación a una violencia que se entendía redentora. El pasado comenzaba a ejercer un papel significativamente distinto, como reflejó el llamamiento que el conde de Rodezno hizo a los jóvenes carlistas para que asumie-ran la conmemoración del centenario del carlismo, sin olvidar que esas juventudes se encuadraban en una organización denominada requeté. No se trataba sólo de añorar viejos tiempos, sino de conectarlos con la juventud y que ésta asumiera el legado, primordialmente vinculado al pasado guerrero: «Cien años van transcurridos desde que nació el car-lismo al grito de ¡Dios, Patria y Rey! y no ha sufrido merma el fervor en las generaciones de leales. Si los héroes de Montejurra se levantaran de sus tumbas, verían cómo fructificó su heroísmo; y cómo se perpetúa su sangre»⁵². El presentismo de esta petición está claramente manifestado en un comentario a la convocatoria de Rodezno: «Montejurra, Este-lla, San Pedro de Abanto, las Améscoas, son como constelaciones de un cielo espléndido, que brillaba lleno de esperanzas, cuando sobre la tie-rra de la Patria, todo eran sombras, confusión y sueño de muerte»⁵³. No

⁵¹ Se celebró el mitin el 21 de mayo (*El Siglo Futuro*, 22/05/1933, p. 1).

⁵² *El Siglo Futuro*, 27/09/1933, p. 1. Desde *Acción Española* se reivindicaba el ele-mento contrarrevolucionario de Montejurra (discurso de Esteban Bilbao, «Las ideas y los hechos. 23 de enero de 1934. El banquete de “Acción Española”», *Acción Española*, 01/02/1934, pp. 1001-24, esp. p. 1016).

⁵³ José María Arauz de Robles, «Las juventudes tradicionalistas y el centenario de la tradición», *El Siglo Futuro*, 01/09/1933, p. 1.

es fácil ignorar el llamamiento a retomar las bélicas referencias del XIX para hacer frente a las turbulencias del XX, y menos cuando se recreaban las sensaciones que María Rosa Urraca Pastor iba a provocar entre aquellos a los que se dirigiese en la siguiente etapa de su recorrido, en la que «agitando al aire las boinas, desbordándose impetuosa la sangre joven en sus corazones de luchadores, que latirán apresurados como prólogo ferviente a un Montejurra quizás lejano o, ¿quién sabe?, próximo»⁵⁴. Tambores de guerra con un claro referente simbólico. El peso bélico de la montaña estellesa había arraigado, no sólo como recuerdo de lo que fue, sino como futuro inmediato, como guía para la acción. La solución planteada era Montejurra, la bélica, la de 1873, la que había rechazado la llegada de los republicanos del general Moriones al *sancta sanctorum* de Estella, y habría de rechazar a los republicanos de 1931.

Aunque ya se habían dado pasos hacia un mayor activismo previamente, la llegada de Fal Conde en mayo de 1934⁵⁵, aumentó el ritmo y se tradujo en una mayor coordinación nacional reflejada, por ejemplo, en el impulso dado a las labores de proselitismo y fidelización, con la creación de delegaciones de propaganda, juventudes y prensa ese mismo mes. Ese año apareció *D.P.R. Boletín de Orientación Tradicionalista*, en el que el peso de lo histórico es muy significativo y obedece en buena medida a la iniciativa del propio Fal. Pero no fue el único, pues *El Siglo Futuro* convocó un certamen de relatos y en ellos el pasado carlista y la referencia a Montejurra en él fue frecuente⁵⁶. La restringida y hasta cierto punto eli-

⁵⁴ *El Siglo Futuro*, 28/02/1935, p. 3.

⁵⁵ Carta de Alfonso Carlos a «las organizaciones Tradicionalistas» nombrando a Manuel Fal Conde secretario general, Viena, 03/05/1934. Archivo General Universidad de Navarra (en adelante AGUN), Fondo Fal Conde (en adelante AFC), 133/006. Publicada en: Melchor Ferrer, *Documentos de Don Alfonso Carlos y de Austria-Este (Duque de San Jaime)*..., Editorial Tradicionalista, Madrid, 1950, pp. 241-2 y en *Historia del tradicionalismo español*, XXX/2, *Documentos*, Editorial Católica Española, Sevilla, 1979, p. 33.

⁵⁶ Valgan como ejemplo: «Una corazonada (Episodio de la guerra carlista)», *El Siglo Futuro*, 02/02/1935, p. 4; «Veladas invernales (narración histórica)», *El Siglo Futuro*, 16/02/1935, p. 4; «Almas nobles», *El Siglo Futuro*, 06/04/1935, p. 4. Este componente literario puede apreciarse también en obras previas, especialmente de teatro, como la que recoge José Sánchez Pons, *Sangre Navarra. Episodio dramático tradicionalista en un acto y en verso original de ---*. Estrenado [...] por el cuadro cómico-dramático de la Juventud Jaimista, de Vitoria, en el Teatro Principal [...], el día 25 de noviembre de 1911, Juventud Jaimista/Imp. de los Hijos de Iturbe, Vitoria, 1912. La acción transcurre en un caserío cerca de Montejurra en 1873.

tista referencia al componente simbólico de la montaña estellesa, adquirió durante la segunda mitad del período republicano un tono más «democrático» y se extendió su valor como encarnación del carlismo a través de la creciente propaganda difundida por la organización encabezada por Fal Conde⁵⁷.

Este creciente activismo juvenil impulsado desde la dirección tradicionalista, el protagonismo creciente del requeté y su vínculo con el pasado bélico encarnado en Montejurra, se manifestó de forma aún más clara en los preparativos para la celebración del congreso de las juventudes carlistas, cuyo acto final había de celebrarse, precisamente, en las faldas de la montaña carlista⁵⁸. Una propuesta indicaba la necesidad de que a Montejurra, «al mismo tiempo que las boinas rojas, que evocan el valor de los héroes que allí recogieron los laureles de la inmortalidad en la Historia, subieran la imagen del Sagrado Corazón contando los latidos de nuestra Juventud, de ese Sagrado Corazón que en aquellos lugares también abrió para siempre a los Mártires de la Tradición el Cielo prometido a los santos»⁵⁹. Los detentes, el martirio, el cielo, mostraban con claridad la perspectiva de cruzada asentada en la difusión de principios que el carlismo realizaba y Montejurra asemejaba en ello a un altar, el símbolo de toda la historia del movimiento, centrada exclusivamente en su componente bélico, en el recurso a la guerra como defensa de los principios. El congreso no tuvo el final previsto en Montejurra por prohibición gubernamental. Además, el general Fanjul, subsecretario de la guerra, revistó a las tropas de Estella en las faldas de Montejurra en esos días⁶⁰. Se reforzaba así la conquista simbólica que Alfonso XIII hiciera en 1903, para evitar la reapropiación carlista de un terreno que se daba por consolidado, pero cuya reivindicación se planteaba cada vez con mayor fuerza. Dos visiones enfrentadas, dos apropiaciones memoriales a partir de una misma realidad que servía como fundamento de un símbolo bifronte.

⁵⁷ Véase Martin Blinkhorn, *Carlism and crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge University Press, Cambridge, 1975.

⁵⁸ *El Siglo Futuro*, 20/06/1936, p. 42.

⁵⁹ Rafael Díaz Aguado Salaberry, «Entronización», *El Siglo Futuro*, 21/06/1935, pp. 15-16, la cita, en p. 16.

⁶⁰ La suspensión se comenta en *El Siglo Futuro*, 26/06/1935, p. 9. El congreso se clausuró en Madrid el día 30 de junio (*El Siglo Futuro*, 01/07/1935, pp. 11-12) y la revista tuvo lugar el día 5 de julio (*La Época*, 06/07/1935, p. 6).

5. Los usos complejos de un símbolo

En 1936, al comienzo de la guerra civil, la tendencia ya patente en los años de la República se agudizó y la conexión entre el presente y el pasado carlista se hizo manifiesta. La continuidad de objetivos, perspectivas y soluciones marcaba a un carlismo que en el caso de Navarra adquirió un significativo protagonismo. Montejurra, en este contexto, reforzó su presencia simbólica, excluyendo las visiones liberales, reafirmando su carácter carlista, como puso de manifiesto el uso del topónimo para denominar a una de las primeras unidades de voluntarios que salieron de la Pamplona del 19 de julio. En este caso, el Tercio de Navarra n.º 9 fue bautizado como Tercio de Montejurra, el tercero tras los de Navarra y Lácar. Se constituyó el 25 de julio, en el marco probablemente de la fiesta de Santiago que se celebró con solemnidad en la plaza del Castillo de Pamplona bajo la significativa advocación del santo matamoros, encarnación del espíritu de cruzada revitalizado en la renovación del mismo que emprendían en ese mes de julio. El día 28 de julio salía de Pamplona y entraba en acción al día siguiente⁶¹. Lo significativo de esta denominación fue la voluntad de conectar el pasado y el presente, de unir lo que había significado 1873 con lo que implicaba 1936, entre lo que no había grandes diferencias. Para el carlismo, se trataba de la misma lucha contra el mismo enemigo, aun cuando hubiera podido adoptar formas distintas: «Montejurra ya no es sólo el monte de aristas agudas y quebradas rocas, que conserva en sus cumbres las huellas indelebles de los “Boina Rojas” del año 1873: es más. Es el símbolo del valor, de la fortaleza, del coraje, del empuje en la refriega, del heroísmo en la batalla; pero sobre todo, del anhelo triunfador en la Cruzada Religiosa»⁶². Era 1873 y era defensa religiosa, el círculo simbólico se cerraba.

Sin embargo, otra perspectiva comenzaba a adquirir presencia, y era la del ejército que encabezaba el levantamiento. Buen reflejo de ello es la concesión de la medalla militar colectiva a este tercio, en cuya justificación se valoraba su espíritu, pero se indicaba su alternancia con «fuerzas veteranas, de tan merecido prestigio como la Legión, y a pesar de tratarse

⁶¹ Julio Aróstegui, *Los combatientes carlistas en la guerra civil española 1936-1939*, I, Aportes XIX, Madrid, 1991, pp. 158-95; Luis Redondo y Juan de Zavala, *El requeté: la tradición no muere*, AHR, Barcelona, 1957, p. 438.

⁶² Sixto Oroz, «Introducción», a Policarpo Cía Navascués, *Memorias del Tercio de Montejurra, por su capellán*, La Acción Social, Pamplona, 1941, p. 7.

de tropas bisoñas, hicieron siempre un magnífico papel, dando muestras de un gran entusiasmo patriótico y espíritu militar insuperable»⁶³. De entrada, la condecoración asumía la subordinación del carlismo, su posición diferente a las tropas profesionales, su valía militar sólo equiparable a aquellas mediante el entusiasmo patriótico. En cierto modo parecen asumir que hicieron «magnífico papel» pese a su condición civil. Se trataba del reconocimiento de una situación hasta cierto punto excepcional, más aún si vemos que en la concesión de esta distinción se ve acompañado de otras unidades más, buena parte de ellas militares, como la 5.^a y 7.^a Bandera del Tercio, el 5.º Tabor de Regulares, etc., tropas profesionales todas ellas. De alguna manera, este componente diferencial es el que trataron de mostrar desde el otro lado del frente, con la noticia, por ejemplo, de la sublevación de la que llamaban Brigada Montejurra tras la pérdida de la casi totalidad de sus efectivos en la batalla del Ebro⁶⁴. Era, desde el punto de vista republicano, un buen ejemplo del proceso de descomposición de la zona facciosa, especialmente por lo representativo de esta unidad.

Lo más significativo de ello iba a ser el paulatino proceso de apropiación del símbolo de Montejurra por parte del ejército. No es nuevo este proceso, aunque estaba claro que durante la Restauración se buscó diferenciar con claridad la batalla de 1873 de la de 1876. Pero en 1936-39 ya no iban a encontrar el campo libre, pues el carlismo buscó asumir el simbolismo encerrado en el nombre Montejurra de la manera más integral posible. Una consecuencia directa de ello sería la disputa soterrada que se estableció por la titularidad de lo que representaba.

El primer paso lo dio el carlismo que, pese al decreto de unificación de abril de 1937, mantuvo su existencia, aun en condiciones precarias. A finales de abril de 1939, recién terminada la guerra, la iniciativa de algunos dirigentes navarros puso en marcha la celebración de una romería a Montejurra. El encargado de convocarla fue el alcalde de Ayegui, Trifón Larumbe, que en el mes de abril escribía al dirigente carlista, Manuel Fal Conde para «invitarle a los actos que se celebrarán en este término municipal el día 3 del próximo mes de mayo, con motivo de la colocación en la cumbre de Montejurra de un Vía Crucis que conmemore a los caídos de los invencibles Tercios que lucharon en esta Cruzada y a cuantos defendiendo los mismos ideales ofrecieron su vida en los hechos de armas del

⁶³ *Boletín Oficial del Estado*, 203, 11/05/1937.

⁶⁴ *Batalla del Ebro: 54 boletines de información del Comisariado del V Cuerpo de Ejército*, 25/07/1938, p. 100.

pasado siglo»⁶⁵. La propia carta expresaba el espíritu de continuidad entre la guerra civil y el siglo precedente, algo todavía más claro en la respuesta que le remitió Fal Conde excusando su asistencia:

«Agradezco amable invitación actos día tres punto imposibilitado asistir causa viaje Sevilla me asocio todo corazón homenaje nuestros mártires lugar histórico Montejurra evocador tanta gloria tercios que defendieron bandera Carlos Séptimo y hoy defienden España con tanto heroísmo punto asocio mis oraciones por mártires a las del antiguo reino pirenaico punto viva España viva el Requeté viva el Ejército Fal Conde»⁶⁶.

Además de la continuidad, resalta la mención al «antiguo reino pirenaico», un reconocimiento de la centralidad navarra del carlismo. Así lo asumió la Diputación de Navarra, al afrontar parte del gasto que suponía la construcción del via crucis y, sobre todo, lo que significaba:

«Vistos los escritos del Ayuntamiento de Ayegui, invitando a la Corporación a los actos de carácter religioso-patriótico que ha organizado para el próximo día 3 de Mayo, con motivo de la bendición y colocación de un Via Crucis en el camino de subida a Montejurra, que conmemore a los caídos por Dios y por España, y solicitando una subvención para los gastos de dichos actos, se acordó aceptar con gratitud la invitación y conceder al Ayuntamiento de Ayegui para ayuda de los gastos que se le originen con motivo de la colocación del Via Crucis, un donativo de 500 pts.»⁶⁷.

Era también en parte asumir el proceso de asociación entre Navarra y el carlismo que había alcanzado la culminación en el transcurso de la guerra civil y que reflejaba la respuesta de Fal Conde a la invitación del alcalde de Ayegui⁶⁸. Aunque se trataba de una imagen construida, se convirtió en un útil instrumento mediante el cual se creaba una situación de

⁶⁵ AGUN, AFC, 133/074. Sin fecha, pero de abril de 1939.

⁶⁶ Villandrando, 02/05/1939. AGUN, AFC, 133/074.

⁶⁷ Acuerdo del 28/04/1939. Archivo Real y General de Navarra-Diputación Foral de Navarra, Libro de Actas, lib. 562, 23v.

⁶⁸ Francisco Javier Caspistegui, «“La Vendée española”: la identidad carlista de Navarra como modelo movilizador», en: Chris Ealham y Michael Richards (eds.), *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española*, Comares, Granada, 2010, pp. 229-52 y «Hacer la historia de las guerras carlistas desde el carlismo», pp. 323-79.

excepcionalidad en Navarra a ojos del nuevo régimen, que reducía la presencia de un carlismo incómodo a un territorio localizado.

Esa imagen de incomodidad se hacía patente en las visiones que de la situación española tenían las organizaciones del exilio, que hablaron de esta primera romería a Montejurra como una manifestación amplia de descontento hacia el régimen⁶⁹. En cualquier caso, la reducción del carlismo a Navarra, de Navarra al carlismo, no implicaba la cesión del control absoluto de la provincia a la organización tradicionalista, por otra parte ilegal. De hecho, en la disputa por la utilización de la imagen simbólica de Montejurra, de nuevo el ejército dio un paso mediante la denominación de una unidad militar. Por decreto de 2 de diciembre de 1943 se procedía a una reorganización en la que se recuperaron o adjudicaron nuevos nombres, «que además de perpetuar pasados hechos gloriosos de armas, servían en unión del número [...] para distinguirlos entre sí, estimulando su vida militar, ante la grandeza de la historia legada por nuestros antepasados». Las denominaciones no eran sólo un mecanismo administrativo, eran la recuperación y valoración de la historia, «testimonio de gratitud y aprecio a la memoria de las antiguas Unidades del Ejército, que desde tiempo inmemorial vienen siendo fiel reflejo de la raza». En esta modificación, buena parte de ellas recuperaron viejos nombres, pero es significativo que una de las que varió fue la que pasó a llamarse Batallón Cazadores de Montaña Montejurra 20, que recogió el historial del Regimiento Constitución⁷⁰. En esta revisión, Montejurra asumía, como señalaba el preámbulo citado, el reflejo de la raza plasmado en el ejército y mostraba con el guiño del historial que asumía, la superación del modelo constitucional por el tradicional que sugería Montejurra. Sin embargo, no se entraba en la distinción de la referencia histórica que motivaba la denominación. No se hablaba de la batalla de 1873 o de 1876, sino que se asumían ambas, porque no era la herencia tradicionalista la recogida, sino las dos, la carlista por sus vínculos con la tradición; la liberal por el protagonismo del ejército en cuanto institución⁷¹.

⁶⁹ *España democrática* (Montevideo), III/137, 10/01/1940, p. 8.

⁷⁰ Decreto de 02/12/1943, BOE, 2, 02/01/1944, pp. 45-50; José Coldefors, «Las Unidades de Montaña y la División “Navarra” n.º 5», en: *El Ejército y Navarra. Una visión retrospectiva a tres siglos de vida militar en Navarra*, Ministerio de Defensa, Pamplona, 1996, pp. 149-63.

⁷¹ De este batallón surgió un equipo de baloncesto, «Montejurra», que optó al primer campeonato navarro oficial, en 1947, y quedó campeón de su grupo (Francisco Javier Caspistegui y Santiago Leoné, *Cien años de relación entre los navarros y el deporte (1901-2001)*, Eunsa, Pamplona, 2010, p. 254).

Pese a ello, el carlismo mantuvo y desarrolló la romería y concentración de Montejurra, cargándola de un creciente significado político, especialmente a partir de fines de los años cincuenta. Hasta entonces dominó una visión tradicional y continuista del discurso referido a la cumbre esteltesa, del mismo modo que algunas iniciativas editoriales, como la que impulsó Francisco Elías de Tejada desde los años cincuenta bajo el nombre de Ediciones Montejurra, trataban de asegurar los fundamentos tradicionalistas del carlismo, primero frente al franquismo, paulatinamente contra los sectores que se distanciaban de esos fundamentos⁷². Buen reflejo de esta posición es la evocación de la peregrinación a la «montaña sagrada de la Tradición»:

«¡Oíd..., sombras de Montejurra!
¡Quedad..., sombras fantasmales...!
Nadie turbe vuestro sueño...
violándolo con empeño...
ESPAÑA no morirá...
Guardando sus Tradiciones
tendrá los ojos abiertos...
Sólo mueren las naciones
que se olvidan de los muertos»⁷³.

Sin embargo, a mediados de los sesenta, la evolución de la sociedad y la de algunos sectores del propio carlismo llevó a posiciones cada vez más divergentes. Una plataforma que se va a erigir en portavoz de los sectores más innovadores fue precisamente la revista titulada *Montejurra*. En 1959 comenzó a distribuirse un prospecto mecanografiado de este periódico-revista, órgano del Requeté de Navarra: «Es una publicación que comienza y necesita el aliento y apoyo de todos los amigos»⁷⁴.

⁷² El objetivo que pretendían lograr con ella era dejar claro el sentido de la Tradición, que «cosecha soluciones modernísimas, cabalmente por lo que tiene de antieuropeo, porque las ideas que acunaron Europa se hallan en insuperable crisis» (sin autor, aunque probablemente Elías de Tejada, «Portada a las ediciones Montejurra», en Melchor Ferrer, *Breve historia del legitimismo español*, Ediciones Montejurra, Madrid, 1958, p. 9). Algunas vicisitudes para su puesta en marcha en carta de Mariano del Mazo a Melchor Ferrer, Palencia, 16/01/1958, AGUN, Archivo Melchor Ferrer (en adelante AMF), 158/027/113.

⁷³ Germán Raguán, *Montejurra*, Industria Gráfica Valverde, San Sebastián, 1957, p. 43.

⁷⁴ AGUN, AMF, 158/028/053.

Vivió una situación precaria, y en 1964 se le trató de insuflar nuevos ánimos, equiparando el nombre con el éxito de las concentraciones en la montaña estellesa: «Conviene que España una y varia, esté perfectamente representada en “Montejurra”, rotativo, como lo está en la montaña, anualmente»⁷⁵. Esta revista se convirtió en la plataforma del carlismo renovado, lo que le llevó a sufrir los inconvenientes de la censura y varias suspensiones, encarnando una visión crecientemente crítica no sólo hacia algunas posiciones carlistas tradicionalistas, sino también hacia el propio régimen, como recogía Santiago Carrillo en 1966, cuando reclamaba la autenticidad del carlismo de Montejurra frente a los grupos que acudían a Estoril⁷⁶.

Esta división en torno al significado simbólico de Montejurra tiene mucho que ver con el enfrentamiento entre sectores del carlismo que tuvo lugar en 1976, pues en ambos casos se reclamaba la autenticidad de la interpretación tras la cual se organizaban los actos. Los llamamientos a la reconquista de la cumbre desde los sectores vinculados a Sixto Enrique de Borbón Parma, mostraban la relevancia simbólica de la montaña, usurpada según este punto de vista, y por tanto, argumento para su recuperación por medio de una acción violenta. Del mismo modo, desde el carlismo de Carlos Hugo de Borbón Parma, Montejurra implicaba la evolución del carlismo y su carácter popular⁷⁷. De hecho, Montejurra suponía la encarnación de principios contrapuestos, trágicamente confrontados en una cima es la que, como veíamos, la sangre siguió fluyendo.

⁷⁵ Cartas de Eugenio Arraiza a Melchor Ferrer. Pamplona, 29/05, y 08/08/1964, AGUN, AMF, 158/032/127.

⁷⁶ Santiago Carrillo, «Un turno en la discusión sobre el problema de régimen político», *Nuestra Bandera*, 49-50, 05/1966, pp. 17-23. También en *España Republicana*, XXVIII/619, 15/09/1966, pp. 3-4. Insistía en la posición opositora del carlismo la «Declaración del Partido Comunista de España ante el XXX aniversario del comienzo de la guerra civil», *Nuestra Bandera*, 49-50, 05/1966, pp. 92-6 y «La comunión tradicionalista y sus posiciones políticas», *Libertad para España*, IV/13, 01/07/1966, p. 2.

⁷⁷ Analicé estas cuestiones en: *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo 1962-1977*, Eunsa, Pamplona, 1997, pp. 283-351. Véanse también Jeremy MacClancy, «An anthropological approach to carlist ritual: Montejurra during francoism», en: *Violencias fratricidas: carlistas y liberales en el siglo XIX*, pp. 299-321; Jordi Canal, «Montejurra, 1976. Une fête fratricide dans un lieu de mémoire carliste», en: Bruno Dumons e Hilaire Multon (dirs.), *«Blancs» et contre-révolutionnaires en Europe*, pp. 211-20.

6. Epílogo

Ya durante la transición, el nombre Montejurra siguió manteniendo una presencia significativa, aunque en este caso no especialmente querida por parte de los sectores carlistas que lo emplearon. De hecho, ante la no legalización del Partido Carlista para las elecciones de junio de 1977, éste hubo de recurrir a una plataforma electoral a la que denominó Montejurra, lo que muestra hasta qué punto el elemento simbólico seguía teniendo una considerable capacidad evocadora. Sin embargo, tras lo ocurrido el año anterior, no parece que la denominación sirviera para estructurar un respaldo significativo a la candidatura, cuyos resultados se situaron muy por debajo de las expectativas.

Con ello el uso de la denominación entró en retroceso, crecientemente despojada de contenidos más allá de los vinculados a la nostalgia o a la historia como forma de conocimiento. Hay que resaltar, además, un giro significativo en el carlismo. Durante buena parte de su existencia —al menos en el entorno navarro de la montaña—, uno de los elementos característicos de su esencia había sido el ruralismo, la asociación con el campo⁷⁸. Hasta los años sesenta del siglo XX no resultó difícil defender este vínculo, dado el mantenimiento del sector primario como eje en Navarra. Sin embargo, el proceso industrializador impulsado desde 1964, con especial incidencia en los alrededores de Montejurra, fue cambiando el carácter de la sociedad navarra⁷⁹. Buen reflejo de ello es el mensaje que la mencionada plataforma electoral Montejurra lanzó en la campaña electoral de 1977, donde primaba lo urbano, un mensaje de renovación significativo, en el que lo rural quedaba en un segundo plano como reflejo de la transformación social. Era una fuerza política en la que la presencia de gentes procedentes de un entorno claramente urbano era mayoritaria entre sus candidatos y oradores, dedicados además a labores ya muy alejadas de ese marco rural. Un grupo además de gente joven cuyos lazos con esa tradición previa se habían atenuado, lo que, evidentemente, dificultó su iden-

⁷⁸ Francisco Javier Caspistegui, «“Esa ciudad maldita, cuna del centralismo, la burocracia y el liberalismo”: la ciudad como enemigo en el tradicionalismo español», en: *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, T6 eds., Pamplona, 2002, pp. 71-86.

⁷⁹ Francisco Javier Caspistegui, «Un mundo en transformación ¿El fin del Antiguo Régimen en los años sesenta del siglo XX?», en: F.J. Caspistegui y M.M. Larraza (eds.), *Modernización, desarrollo económico y transformación social en el País Vasco y Navarra*, Eunat, Pamplona, 2003, pp. 185-204.

tificación por parte de los electores⁸⁰. Tal vez por todo ello, la centralidad que tuvo la montaña como manifestación simbólica del carlismo, comenzaba a dejar de tener sentido, perdía potencialidad y abría un proceso de «de-simbolización» de Montejurra.

Sin embargo, esto no implica la pérdida de toda utilización simbólica de esta montaña. Hay una reivindicación del sentido de Montejurra que no deja de aportar una elemento más de complejidad y en cierto modo de continuidad con ese simbolismo de lo montañoso —aunque en este caso desde otro punto de partida ideológico—, como es la protagonizada por el nacionalismo radical. José Mari Esparza, en varios artículos publicados en *Gara*, afirmaba las raíces carlistas de estas ideas, y concretamente de Montejurra, donde «el tomillo huele a insurrección, a generales españoles mordiendo la hierba, a defensa de la casa del padre», o incluso señalando que la cruz de San Andrés «es como la amatxo de la ikurriña». Por ello, reivindicar el carlismo del Montejurra decimonónico, el de Rada y 1873, lo asume como algo propio, pues «[s]i en 1875 el Ejército español hubiera tenido palas excavadoras, no hubiera dejado un tormo de Montejurra sin demoler»⁸¹.

Como en otros modelos de interpretación del símbolo, la utilidad viene condicionada por los parámetros desde los que se parte, lo cual muestra la plasticidad que caracteriza lo simbólico, útil instrumento de las visiones más contradictorias, incluso aunque vayan revestidas de la corrección de la veracidad histórica. Si nos planteáramos la posibilidad de negar el carácter simbólico a Montejurra por su escasa firmeza significativa, podríamos someterlo al examen que realizaron Jürgen Lüsebrink y Rolf Reichardt sobre la Bastilla. Y bien podríamos decir que —a otra escala— también Montejurra cumpliría los seis requisitos planteados para la fortaleza parisina, justificando su importancia simbólica durante un largo período⁸². Sin embargo, como en otras muchas circunstancias, hay un hecho revelador y es la descarga de sentido político, su desactivación como símbolo partidista. Reflejo de ello es la recuperación

⁸⁰ Francisco Javier Caspistegui, «Una mirada “micro” a las elecciones generales de 1977: actuación y resultados del carlismo no legalizado», *Historia del Presente*, 7, 2006, pp. 149-77.

⁸¹ José Mari Esparza Zabalegui, «Montejurra», *Gara*, 05/1999. Recogido en su *Requiem para sordos*, Txalaparta, Tafalla, 2004, pp. 91-2.

⁸² Hans-Jürgen Lüsebrink y Rolf Reichardt, *The Bastille. A history of a symbol of despotism and freedom*, Duke University Press, Durham, 1997 (orig.: 1990).

de su componente más puramente geográfico en la denominación del organismo encargado de la gestión de las aguas de la zona, la Mancomunidad de Montejurra, prueba de que el uso de este término no plantea especiales dificultades, y que sus resonancias han pasado a formar parte del pasado, incluso de que la mera recuperación del topónimo, despojado de connotaciones, muestra su desactivación más allá de su evidente presencia física en el entorno de Estella. En cualquier caso, dos siglos de dominio carlista en su uso simbólico señalan la importancia de los elementos que sirven para canalizar identidades y significados, incluso aunque éstos sean un territorio disputado.